

Emergentes y tradicionales

La década de los ochenta vio la entronización como soberanas absolutas de un conjunto de tecnologías en pleno desarrollo. Eran las que se denominaron nuevas tecnologías, tecnologías punta o tecnologías emergentes, dependiendo de las características que se pretendiese resaltar.

Las principales naciones dedicaron a ellas sus máximos esfuerzos y llegaron a constituir tema común de conversación en los más dispares entornos. Con ellas, algunos países salieron del segundo plano en el que se encontraban y, por el contrario, al no saber cómo adaptarse a ellas, otros más desarrollados iniciaron un lento camino de retroceso.

La situación actual, al comienzo de los noventa, no ha variado mucho con respecto a la filosofía planteada hace unos años.

Los principales bloques socioeconómicos buscan asentar sus posiciones para poder desenvolverse con comodidad en el próximo futuro, y las empresas más importantes tratan de adaptar su situación a un mercado muy diferente del que tradicionalmente veían a su alrededor.

Para conseguirlo, ambos siguen mirando como única solución segura la que puede dar el posicionarse de forma destacada en alguna de las anteriores tecnologías.

El dominarlas implica no sólo disponer de mercados propios a ellas mismas, sino también favorecer el desarrollo de otras que las tienen como soporte.

A nadie se le escapa, por ejemplo, que con el dominio de la tecnología microelectrónica se tiene mucho ganado en el control de otras áreas, como las comunicaciones o la informática. Si se posee una biotecnología adecuada, se puede entrar con garantías en el mercado de los productos farmacéuticos y en el de los alimentos.

Pero por otra parte, y esto es un valor añadido a lo anterior, ninguna técnica constituye hoy un dominio cerrado en sí mismo. Prácticamente la mayoría de las que hoy se manejan han sido el resultado de la combinación de otras muchas muy dispares. Ningún resultado es monoaplicable y casi cualquiera puede ser usado en los terrenos más impensables.

Este hecho, que ha sido puesto de manifiesto en innumerables ocasiones, es a veces olvidado en las grandes fases de planificación. Y por ello, en una gran cantidad de casos, esas nuevas tecnologías se presentan tan sólo como si sus únicos objetivos fuesen ellas mismas.

Su planteamiento se hace con dos fines en mente. El primero no es otro que el obvio de alcanzar un nivel satisfactorio en su desarrollo. El segundo, poder introducirse, gracias a su ayuda, en terrenos de alta tecnología que ofrezcan mercados significativos a corto y medio plazo.

Ambos están totalmente justificados por sí mismos y no parece merezcan más detalle por el momento. Pero en muchas ocasiones se olvida que, para algunos países, la justificación para desarrollar estas tecnologías puede estar alejada de los anteriores objetivos.

Cuando una nación no tiene la capacidad suficiente para alcanzar en un plazo corto de tiempo un nivel destacado, las tecnologías emergentes deben tomar para ella otro sentido.

Y éste no es otro que el de servir de soporte de aquellas otras en las que, durante años, han tenido un peso específico. Estas, en la mayor parte de los casos, no son tecnologías punta, ni casi tan siquiera tecnologías nuevas. Son tecnologías que entran de lleno dentro de la categoría de *tradicionales* y que los entusiastas de las emergentes consideran como obsoletas o en vías de extinción.

Es en estas tecnologías donde estas naciones, con toda seguridad, podrían seguir manteniéndose en una situación digna durante un cierto tiempo. Si es importante conseguir nuevos mercados, no lo es menos mantener los que ya se tenían previamente.

Y esto sólo puede lograrse merced a una política de asentamiento en ellos mediante la mejora constante de calidades, prestaciones o seguridad. Puede que estos mercados no sean muy significativos, pero siempre será mejor mantenerlos que no olvidarse de ellos ante la expectativa de otros posibles.

Una nueva cerámica puede ser un elemento vital para la fabricación de algunas partes de los motores de mañana. Pero sin llegar a ello, puede ser importante para el desarrollo esencial para el control de un satélite.

Pero también, si se diseña a medida, puede ser significativo para darle una cierta *inteligencia* a un juguete. Un material compuesto puede ser vital para un fuselaje, pero no lo es menos conseguir un pegamento que permita unir con seguridad partes de un calzado.

Se presenta así una dicotomía entre tecnologías emergentes y tradicionales que, si se sabe navegar por entre ellas, puede encontrarse que son, incluso, complementarias. En ningún caso, el acceder a las unas debe hacer olvidar a las otras.

De hecho, el desarrollo de las segundas puede favorecer el de las primeras, que así encuentran una justificación alejada de las de su propia razón de ser.

Y en ellas, es casi seguro, las naciones de segundo o tercer nivel pueden tener más posibilidades de alcanzar un papel más significativo que si sólo se dedicasen a las que dominan los otros. Es el asentarse, como repetidamente se ha dicho, en *nichos* propios que pueden ser el verdadero habitat para la supervivencia futura.